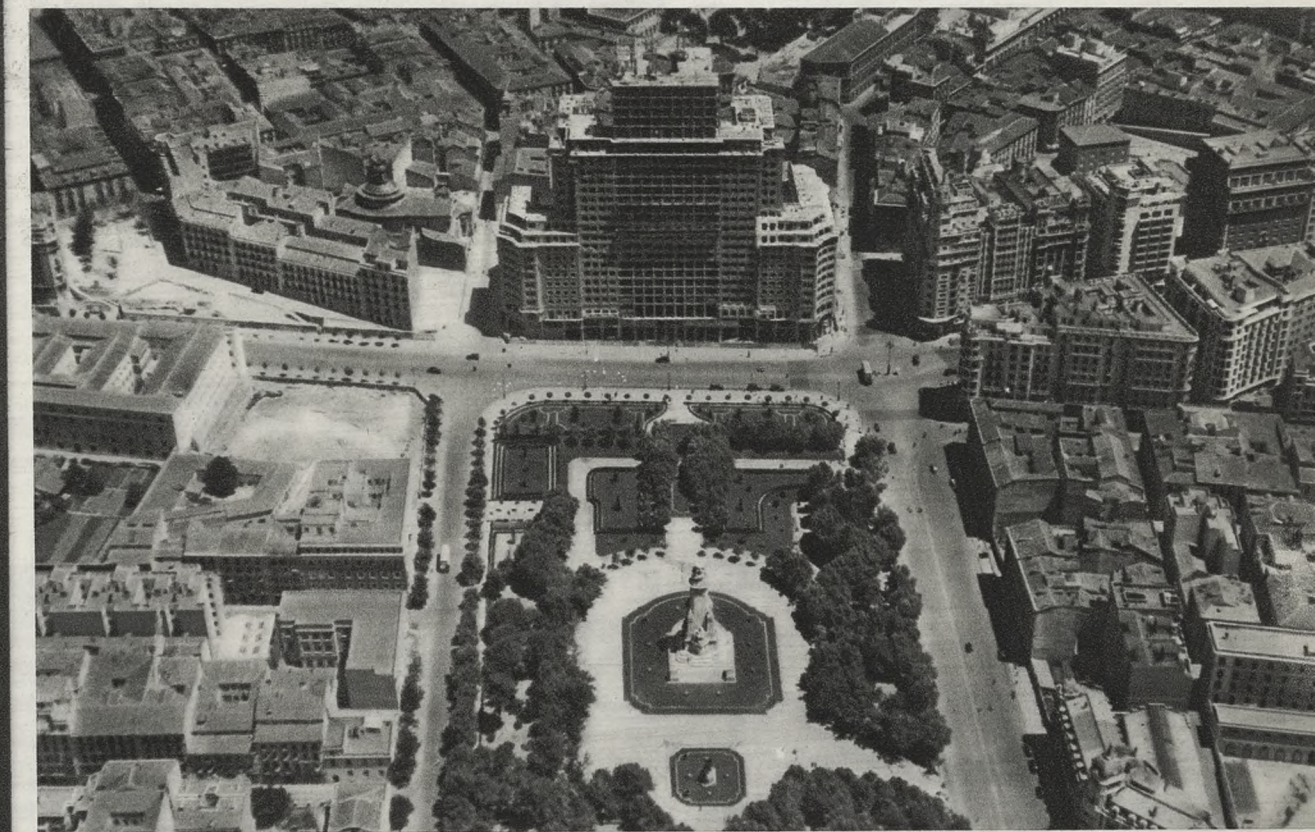


Vista aérea del primero y segundo trozos de la Gran Vía de José Antonio. En primer término, la Telefónica. Al fondo, a la derecha, sobre la calle de Alcalá, los altos edificios del Banco Vitalicio, «La Unión y el Fénix» y el Círculo de Bellas Artes, los relativos «rascacielos» de la bella capital española.



La Plaza de España, con el edificio «España», el más alto de Europa. En este edificio finaliza la Gran Vía y comienza su prolongación, que llega ya hasta la Moncloa, gracias a las reformas realizadas en la calle de la Princesa. En primer término, el monumento a Cervantes. (Fotos «Aerotécnica». Madrid.)

La Puerta de Alcalá en la Plaza de la Independencia. De abajo a arriba, en la «foto», cruza la calle de Alcalá. A la derecha, una zona del Parque del Retiro, con la entrada principal, que da a la citada Plaza de la Independencia. A la izquierda, parte del barrio de Salamanca. (Foto «Aerotécnica». Madrid.)

POR LA PUERTA DE ALCALÁ...

UNA de las zonas más perfectas de Madrid, por su armonía urbana, por sus perspectivas estéticas, queda recogida en esta fotografía. La calle de Alcalá cruza verticalmente la panorámica. A la derecha, queda el Parque del Retiro, con su puerta principal, y bajo él, el barrio de los Museos. A la izquierda, una breve parte del barrio de Salamanca. Y en el centro, perfecta de proporciones, se nos aparece la Puerta de Alcalá, levantada por Carlos III en la Plaza de la Independencia.

La calle de Alcalá, larga de varios kilómetros, y por tanto diversa en su función madrileña, cuenta su historia por trozos, por elementos, por lo que más que historia tiene historias. Hay, así, la historia de la que fué zona popular, o mejor nacional, de la Puerta del Sol a Cibeles, que es la «c'Alcalá» de los castizos y de la exportación a provincias. La calle de Alcalá de la literatura, los recorridos y las estadias de los forasteros, las tertulias, los cafés... La calle de Alcalá que sirvió de números de zarzuela o revista. La calle de Alcalá del pasacalle, con las floristas «almondóns» y los nardos apoyados

en la cadera... Una calle de Alcalá del Madrid perdido en el primer cuarto de este siglo. Una calle de Alcalá en la que los suntuosos edificios bancarios han ido desplazando a los cafés famosos—famosos en España y hasta en América—que fijaban su carácter popular. Una calle de Alcalá que ha entregado su antorcha madrileña, en un relevo urbano de causas misteriosas, a la embrujada Gran Vía. Pero la calle de Alcalá sigue siendo una de las dos primeras arterias de Madrid, y este trozo que va de Cibeles a la calle de Goya pasando por la Puerta de

Alcalá tiene también su historia propia y una vigencia en aumento, flanqueando el barrio de Salamanca—que le da su señorial carácter aquí—y la floresta del Retiro y adentrándose por la prolongación de Madrid, para que graviten sobre ella las ya casi concluidas y nutridas barriadas de Narváez y Manuel Becerra. Un cuarto de Madrid confunde así sobre esta zona de la popular y madrileña calle, multiplicando su tráfico con líneas distintas de autobuses, tranvías, trolebuses... Por la Puerta de Alcalá, con música y todos los ruidos y todo el vértigo que se quiera, como por la calle de Alcalá, se va también a los toros, porque la larga arteria, de plaza a plaza, si comienza en Sol finaliza exactamente en la Plaza Monumental. La calle de Alcalá fué siempre la calle de los toros, la calle de ir a los toros, porque la antigua plaza se hallaba asimismo pasado el Retiro. Por la calle de Alcalá, para buena estampa de su función popular, iba, enfático y valiente, el torero «Carachos», de Ramón Gómez de la Serna, como después lo fué «Manolete», también con su literatura y su tragedia.

RASCACIELOS DE MADRID

El «rascacielos» encuentra en Madrid una oposición decidida por parte de los urbanistas, del intelectual y de las gentes apegadas al formal concepto europeo de las proporciones. A veces, de trecho en trecho, se levantan en la capital altos edificios que bordean la altitud del «rascacielos», pero, afortunadamente, a Madrid nunca le dejarán que levante edificios de cien pisos que descoynten su armonía de capital europea. El «rascacielos» de Madrid cobra, así, una proporción equilibrada, occidental. América puede tener lo mayúsculo, lo gigantesco. Sus ríos, por ejemplo, son mares,

con más de cien kilómetros de orilla a orilla en el Río de la Plata, en el Mississippi o en el San Lorenzo. Sus naciones tienen área de continentes. Pero a este lado del mar los ríos tienen medida humana, una proporción europea, y la geografía toda, un mimo caligráfico a vista de pájaro. Como los ríos, los «rascacielos» tienen aquí una medida, una proporción geográfica... Y entre los de la tabla rasa y los proyectadores fantásticos, está siempre la cordura urbanística del término medio, que rompe la monotonía, da variedad a la perspectiva y permite demostrar a los arquitectos españoles que no es tan difícil, llegado el caso, hacer alturas máximas con cemento armado.